

MANIFIESTO SINTÉTICO

(JULIO 2010 ○ 2019)

Fernando Zalamea
Departamento de Matemáticas
Universidad Nacional de Colombia
www.matematicas.unal.edu.co/~fzalamea
fernandozalamea@gmail.com

A solicitud de Miguel Ángel Riaño, para *Saga*, esa singular aventura crítica de los estudiantes de Filosofía de la Universidad Nacional, planteo aquí un *panfleto a favor del pensamiento sintético a comienzos del siglo XXI*. Los términos merecen aclararse: el *panfleto* – “opúsculo de carácter agresivo” en palabras del DRAE– emprende un combate con armas ligeras pero fuertemente beligerante; el *pensamiento* involucra toda suerte de cruces entre las ciencias, las artes, la filosofía, el ensayo, la crítica, y lucha sistemáticamente contra los compartimientos estancos; la *síntesis* se contrapone con el análisis, a lo largo de polaridades bien definidas: composición vs. descomposición, relaciones vs. elementos, exterior vs. interior, impureza vs. asepsia, teoría de categorías vs. teoría de conjuntos; el *siglo XXI* nos invita a una reflexión sobre el espectro contemporáneo. Ha sido tan fuerte la influencia (en algunos momentos brillante, en tantos otros deplorable) del *desglose lingüístico analítico en el siglo XX*, que merece plantearse una contrapropuesta para una eclosión no dogmática del pensamiento.

Gian-Carlo Rota ha subrayado en varios artículos polémicos una “perniciosa influencia de las matemáticas sobre la filosofía”. El apelativo se refiere a la influencia de una lógica matemática restringida (lógica clásica de primer orden) y de una perspectiva fundamentalista (teoría cantoriana de conjuntos) que, tomadas muy en serio por los filósofos, dieron acriticamente lugar a una cierta filosofía analítica “dura”, dirigida a consideraciones lógicas y lingüísticas con las que –supuestamente– se eliminaban divagaciones metafísicas o imprecisiones fenomenológicas o estéticas. Sin embargo, el apelativo es a su vez irónico y paradójico, pues la *matemática real* (con nombres como Galois, Riemann, Hilbert o Grothendieck, desde mediados del XIX hasta finales del XX) ha estado *completamente alejada* de las sutiles consideraciones lógicas y lingüísticas de la filosofía analítica. En realidad, fue sólo a través de un *desconocimiento* profundo de la “matemática real” de comienzos del siglo XX (teoría algebraica y analítica de números, álgebra abstracta, topología, variable compleja, análisis funcional, etc.) y de una (in)consciente *construcción de mitos*, que pudo surgir el proyecto de la filosofía analítica, pretendidamente arraigada sobre las matemáticas, cuando en realidad la situación era *completamente opuesta*.

Una reciente traducción (*Saga 20, 2009*) del artículo “La revolución fregeana en lógica” de Donald Gillies es un buen ejemplo de esa *mitología* que tesoneramente perdura. Pregúntesele a cualquier lógico activo a comienzos del siglo XXI cuál podría haber sido esa supuesta “revolución fregeana”: un evento sencillamente *inexistente*, un *mito* creado por filósofos e historiadores “estándar” de la lógica. En realidad, es bien sabido que la lógica incluye actualmente tres ramas básicas (modelos, recursión, conjuntos), de las cuales la primera, la *teoría de modelos*, ha generado los mayores avances lógicos de las últimas décadas (Shelah, Zilber, Hrushovski), después de una

ascendencia muy clara (Peirce, Löwenheim, Skolem, Tarski) en donde Frege brilla por su ausencia. La teoría de la recursión comienza con Hilbert, Skolem y Gödel, la teoría de conjuntos inicia en Cantor y Zermelo, y aunque, en estas dos líneas, Frege podría en parte incluirse, ciertamente no aparece allí como figura de precursor, menos aún de “revolucionario”. Así, en el desarrollo de la *lógica matemática*, el lugar especial de Frege constituye un pertinaz mito. Piénsese entonces, más ampliamente, en el desarrollo de la *matemática real*: la figura de Frege es del todo inconsecuente. Otra cosa consiste en registrar el impulso de Frege —central e imprescindible— para Russell y para el desarrollo de la filosofía analítica, lo que confirma que “filosofía analítica” y “matemática real” divergieron desde siempre.

Debe entonces romperse ese *primer gran mito* de la filosofía analítica basada sobre la matemática. La “perniciosa influencia de la matemática sobre la filosofía”, en el jugoso *calembour* de Rota, debe precisarse como la “perniciosa influencia de la lógica clásica y de la teoría cantoriana de conjuntos sobre la filosofía analítica”. Como la matemática es *infinitamente más vasta* que el par (lógica clásica + conjuntos cantorianos), debe esperarse que surja una nueva influencia de la *matemática real* sobre el *pensamiento filosófico*. Nuestra contención en este opúsculo se resume en sugerir que esa influencia está en ciernes, pero que, al ser aún prácticamente desconocida, no ha llegado siquiera a ser “perniciosa”. Sería atractivo que, en algunas décadas, un crítico de la talla de Rota pudiese rastrear la “perniciosa influencia de la topología, la variable compleja, la lógica de haces y la teoría de categorías sobre la filosofía”. Para entonces, el término “filosofía” debería haber recubierto un nuevo continente, una suerte de *filosofía sintética*. En lo que sigue, precisaremos el objeto básico de esa “filosofía sintética”, así como el espectro de metodologías matemáticas, filosóficas y críticas que podrían ponerse en acción para *reabrir* nuevas compuertas al pensamiento.

En su *Lección inaugural* (1962) para la Cátedra de Filosofía del Conocimiento en el Collège de France, Jules Vuillemin acercaba, en un maravilloso *tour-de-force*, Merleau-Ponty y Bourbaki. Introdutor y gran defensor de la filosofía analítica en Francia (notables *Leçons sur la première philosophie de Russell*, París: Colin, 1968), Vuillemin no adoptó por ello la ceguera usual de la Escuela; en la *Lección inaugural*, Vuillemin explica cómo, después de las enseñanzas analíticas, el objeto de la teoría del conocimiento debe centrarse en la finitud, cómo, después de Merleau-Ponty, esa finitud debe ligarse al cuerpo, y cómo ese entronque finitario de razón y sensibilidad debe a su vez estudiarse, después de Bourbaki, mediante las estructuras apropiadas que gobiernen esos enlaces. Como consecuencia final de la *Lección inaugural*, Vuillemin explica que “la Metafísica puede renacer”: lejos de excluir las antinomias y de aceptar el *horror vacui* de los analíticos, la filosofía debe incorporar lo *contradictorio* en su meditación, debe estudiar *estructuralmente* sus *bordes* (al modo de *El ojo y el espíritu* de Merleau-Ponty), y debe realizar una suerte de *crítica geológica y geográfica* de las limitantes del saber.

Vuillemin no debió conocer a algunos de los grandes Maestros de fines del XIX y comienzos del XX que habían ya explorado profundamente el estudio de los bordes de la contradicción (Peirce, Florenski) y habían adoptado una “crítica geológica” del arte y de la cultura (Warburg, Benjamin, Auerbach) (véanse mis ensayos: *Razón de la frontera y fronteras de la razón. Pensamiento de los límites en Peirce, Florenski, Marey, y limitantes de la expresión en Lispector, Vieira da Silva, Tarkovski*, Bogotá: Universidad Nacional, 2010, y *Por una re-visión de la mirada creativa. Imágenes, saber y continuidad en Warburg, Florenski, Auerbach, Merleau-Ponty*, Bogotá: Universidad Nacional, 2008). A comienzos del siglo XX, es decir, en el mismo surgir de la filosofía analítica —y, en realidad, desde fines del XVIII,



Manifiesto sintético

con el asombroso *Borrador General* de Novalis— las herramientas estaban ya dadas para pensar *casi exactamente al revés* de lo que harían Russell, Wittgenstein o Quine. En matemáticas, así como en arte, es decir, en “los dos modos mayores de pensamiento de la humanidad” según Francastel, *la fuente fundamental de la invención surge de una escala de contradicciones, de obstrucciones, de puntos ciegos, jerarquía que queda por fuera de la asepsia analítica*. Uno de los primeros objetivos de lo que debería llamarse entonces una “filosofía sintética” consiste en abordar esa red de penumbras y bordes dejada de lado por las corrientes “normales” de la filosofía analítica.

La más importante “penumbra” en la historia de la filosofía, excluida con dudoso orgullo por la filosofía analítica, es sin duda la Metafísica. Ese “allende la Física”, convertido en un “allende el lenguaje”, resulta para los analíticos tan incómodo como lo contradictorio, ese “allende lo lógico”. Pero ha de recordarse que los mayores avances en ciencia y en arte, por tanto los *mayores momentos creativos de la historia de la humanidad*, yacen precisamente *allende el lenguaje y la lógica*. Que la filosofía deje de lado el estudio *conceptual* serio de un Riemann, de un Mahler, de un Monet, es una *barbaridad* académicamente aceptada, ya que la filosofía parece querer acotar endogámicamente su tarea a la discusión primaria, secundaria, terciaria, ..., *n-aria*, de sistemas filosóficos autocontenidos. Curiosamente, e inexplicablemente si se siguiese al mismo Platón, la filosofía (digamos analítica) se ha *encerrado cuidadosamente* en sí misma, y explora, con *inaudita precisión*, territorios interiores *inauditamente pobres*. Cuando en realidad, como dice Bajtin, todo problema importante de un dominio de la cultura es el *problema de las fronteras* de ese dominio, la filosofía analítica se ha dedicado en cambio durante décadas a aquello sin importancia, a las nimiedades del lenguaje y de una lógica restringida, que nada tienen que ver con la exuberante creatividad contemporánea. Terrible y temible albur.

En *La inquietud que atraviesa el río*, Blumenberg indica que “sólo podemos existir si tomamos rodeos”. El gran filósofo e historiador de las metáforas afirma que “la cultura consiste en el hallazgo y la disposición, la descripción y el encarecimiento, la revalorización y la recompensación de los rodeos”. Lejos de la línea recta analítica, lejos de su pretendida, y pretenciosa, claridad interior, la multitud de rodeos relacionales y de transvases fronterizos asociados a problemas diversos conforman el corazón profundo de la cultura. La creatividad —básicamente oscilación, quiebre, perspectiva dispar— sólo puede entenderse desde un *conglomerado sintético de rodeos*, lo que explica la poca atención de la filosofía analítica hacia la potencialidad creativa del hombre. La creatividad matemática, como la creatividad artística, no es más que un incesante rodeo. La invención de los campos y grupos de Galois rodea la obstrucción obtenida al analizar localmente las ecuaciones; Galois incita, en sus palabras, al estudio de una “metafísica” de las ecuaciones; una estructuración conceptual correlativa, allende el análisis, entra en el panorama del conocimiento matemático. Las superficies de Riemann rodean el problema de la multivalencia de ciertas funciones complejas, y permiten cobijar estructuralmente lo Múltiple dentro de lo Uno. La “marea subiente” de Grothendieck cubre un objeto analíticamente incomprensible mediante una categoría de rodeos que permiten entenderlo sintéticamente con respecto a su medio ambiente. En muchos casos, sólo una *visión sintética, gracias a una red sofisticada de rodeos*, permite hacer avanzar a la matemática.

La situación, entonces, es eminentemente *pendular*: requiere *oscilaciones iteradas* de perspectivas analíticas y sintéticas. Si, con Roberto Perry, llamamos *horosis* al estudio sistemático de los bordes del saber, la *horosis entre análisis y síntesis* merece considerarse como uno de los problemas mayores del conocimiento. La tarea de generaciones futuras de filósofos es inmensa. Primero,



hay que desembarazarse de la ofuscación analítica y hacer aparecer el otro lado de la balanza; si ese lado ha sido a menudo denominado "Filosofía Continental", vale la pena tal vez reordenar el panorama de una manera más sistemática (y sistémica), al introducir la terminología Filosofía Analítica / Filosofía Sintética, y adelantar entonces un cuidadoso estudio de contrapesos entre las polaridades. Segundo, hay que constituir ese cuerpo de doctrina sintética de una manera muy amplia, invocando a los grandes arquitectos (Peirce, el último Whitehead, Cassirer, Merleau-Ponty, Deleuze, etc.) y a los grandes críticos (Warburg, Florenski, Benjamin, Bajtin, Blumenberg, etc.) que han abordado el entendimiento como *territorio de fronteras y tránsitos*. Tercero, hay que *reconstituir* la cultura como *infinita fragmentación de la horosis*, como red de residuos y transvases, como lugar de incesante intercambio (Serres). En una palabra, hay que *re*escribir, doscientos años después, ese gran precursor del TRANS, el *Borrador General* de Novalis, gracias a las infinitas variedades del tránsito que se han dado en los siglos XIX y XX. Por otros caminos, Rosa María Rodríguez Magda ha venido denominando esa empresa como *transmodernidad*. El eslogan es sencillo: más allá de espejismos analíticos y postmodernos, detrás de cánones y modas, mediante escondidos rodeos, *siempre hemos sido transmodernos*.

El objeto de la Filosofía Sintética (como lo ha venido haciendo en parte la Filosofía Continental) debe abordar muchos de aquellos fragmentos del conocimiento considerados como inabordables por la Filosofía Analítica: contradicciones, puntos ciegos, bordes vagos, fondos oscuros de lo verdadero, penumbras imprecisas de donde detona la creatividad, potencialidades estéticas, etc. La *Metafísica*, lejos de morir, está más viva que nunca, para horror de quienes habían creído lograr asesinarla. Las grandes profundidades de la Filosofía Griega, las dimensiones inabordables de un Llull o de un Leibniz, resurgen indómitas. En la estela de Grothendieck, la matemática contemporánea descubre multitud de *arquetipos* técnicos insospechados tan solo hace unas décadas (topos clasificadores, motivos, grupos de Zilber y de Gromov, matemáticas en reverso de Simpson, etc.) En la estela de Weinberg, la cosmología contemporánea es capaz de describir los arquetipos estructurales del inicio del Universo. En la estela de Petitot, la neurogeometría contemporánea descubre arquetipos neuronales que podrían permitir naturalizar la fenomenología. En la estela de Kiefer, el arte contemporáneo encuentra los arquetipos de la destrucción y de la belleza a lo largo de los rodeos zigzagueantes de la civilización. Todo tiende a mostrar que la forma (comienzos XX), la estructura (mediados XX) y el proceso (comienzos XXI) son infinitamente más importantes que el desglose lingüístico y lógico propugnado como *única* razón por los analíticos.

A la vuelta de un nuevo milenio, hay que intentar que los *Bárbaros* regresen a su lugar justo en las provincias laterales del entendimiento. La Filosofía Analítica debe poder situarse como *pequeña secta*, sin la influencia desproporcionada que ha conseguido en la Academia, como útil comunidad de *contrapeso* para la Filosofía Continental y para la eventual organización de una Filosofía Sintética, pero sin ese rol de Guía Iluminado de la Verdad que ha venido enarbolando hasta el momento. No existe en la matemática real (Galois, Riemann, Grothendieck, etc.) mayor exabrupto que esa supuesta Verdad analíticamente desglosada mediante el lenguaje. Lo verdadero, en la matemática creativa, como lo ha mostrado en cambio la gran escuela de filosofía francesa de la matemática en el siglo XX (Poincaré, Lautman, Desanti, Vuillemin, Châtelet, Badiou, etc.) resulta ser *siempre* contradictorio, oscuro, mixto, vago. El contar ahora con múltiples herramientas filosóficas, técnicas y críticas para el estudio de esos linderos impuros, analíticamente "mal definidos", debe ayudar a elevarnos contra la *Barbarie*.

